

Dejar a los muertos

El hombre de cabello castaño rojizo cuyo grupo llamaba Creg se estremecía por una mezcla de horror y dolor por los golpes y la herida del brazo, larga y algo profunda. Se encontraba tirado en la tierra llena de hojas caídas, sin poder asimilar todavía lo que había ocurrido, con los gritos de todos, junto con los aullidos de los perros, resonándole aún en los oídos a pesar de que ya no se escuchaba nada. Habían sido atacados por otro grupo, ese el único hecho claro en esos momentos, quizás por haber el suyo entrado sin saberlo en un lugar que reclamaban para sí por un período de tiempo, no lo podía saber.

Al principio de la lucha (no, la palabra más adecuada era ataque, se dio cuenta después), le derribaron de un golpe en la espalda y cabeza, y no se había podido mover para defender a nadie, sólo oyendo con un aturdimiento que ya no lo llenaba lo que pasaba y preguntándose por qué nadie lo mató. Recordó los ruidos y gritos, de miedo, de dolor, de sorpresa y temor, de ánimos para intentar defenderse, ladridos, aullidos y gemidos, y sus propios confusos pensamientos. *¡Cuidado!... No, no, por fav... ¿Qué ocurre, qué? Debo pararme... y ayudar... ¡Levántate, levántate!... Ugh... ¡Aah!... Wof, wof... ¡Ahí, por ahí!... ¡Vamos, defiéndanse!... Que no sea lo que oigo, no...*

Y de pronto todo había quedado en silencio, salvo las pisadas y gritos de triunfo que se alejaban.

Finalmente consiguió dejar de temblar y lentamente se puso de pie, jadeando y con el pecho subiendo y bajando, apoyándose en la lanza que sostenía en la mano. Dejo la vista fija en un árbol unos momentos, sin atreverse a ver más, con un escalofrío en la espalda, pero luego miró alrededor. Lo que vio lo dejó congelado, con un grito amenazando por salir de su garganta, aunque había intuido, cuando ya no hubo ruido, que algo así le esperaba. Todos estaban muertos, veinte personas sin tenerse en cuenta a sí mismo. Desde el chamán, que estaba tirado contra un árbol protegiendo a su joven aprendiz incluso cuando un par de lanzas les atravesaban el pecho a ambos, pasando por la niña y el niño, escudados en vano

por sus madres muertas en un intento sin resultados de que sobrevivieran, hasta el líder, todavía con sus armas en las manos; incluso los perros, cada uno donde había caído muerto, la mayoría cerca una persona. El suelo de la porción de bosque en el que se encontraban estaba manchado de sangre humana y canina; tenía un horrible parecido a una caza pero a la vez era completamente diferente. Con náuseas, Creg gritó por fin hasta que la garganta le dolió tanto como el brazo y la espalda, aunque el dolor físico se le iba olvidando ante todo aquello, al no poder soportar más esa visión, todo lo que conocía sin vida.

No... No, por favor no. ¡No puede haber ocurrido! ¡No deben estar todos muertos! No. Yo no puedo estar vivo cuando ninguno más lo está, su mente aullaba como un animal herido. No era posible que estuviera completamente solo, sin nadie, tan solo como nunca se encontrara en toda su vida. Las lágrimas caían sin que hiciera el menor esfuerzo por detenerlas, y sollozó con fuerza y sin vergüenza, entre gemidos, mientras se balanceaba sintiendo que iba a morir allí mismo por la tristeza y la desolación. Después de todo, no había nadie de quién esconder su dolor y pena, frente a quién hacerse el fuerte, a quién proteger. Dejado, le habían dejado en la tierra de los vivos. Tuvo que esforzarse para no caer de rodillas y aullar sus sentimientos al cielo oscuro como uno de los perros cuando alguien moría. En cambio, su mano libre aferró las pieles que le cubrían el cuerpo, intentando recuperar la calma, pero enseguida soltó sus ropas. No servía de nada, no se tranquilizaba.

Poco a poco el peso de la verdad, como nunca lo sintiera, cayó sobre él; era como si durante una cacería un rinoceronte lanudo u otra presa de repente se hubiera derrumbado sobre él, así de opresiva se sentía en su pecho. Solo, solo, solo, sin nadie. Deseó caer al suelo para no volver a pararse, dejar que la herida, el hambre y la sed, además de la pena y la soledad, lo llevaran con su grupo. Después de todo, ¿por qué continuar con el deambular, la recolección, la caza, en fin, la vida, sin nadie más alrededor? E incluso si de algún modo reunía la energía y un motivo para seguir... Debería dejarlos a todos. No podía seguir a los muertos y ellos no podían seguirle a él. Rutas separadas, de ahora en más.

Un rato después, nunca supo cuánto pero el lugar se hacía cada vez más claro (debía de estar amaneciendo, aunque sólo pensó en ello después), otro sonido le alertó. Creg apretó la lanza, con el corazón latiéndole con mucha fuerza, mientras parpadeaba para despejar sus ojos de las lágrimas y ver mejor. ¿El grupo que les había atacado seguía por ahí y ahora terminaría la matanza? Pero no; el ruido venía de una figura a cuatro patas que se acercaba hasta quedar frente a él. Al identificarlo, se tranquilizó, pero sorprendido. Era uno de los perros; debía de haber perseguido a los atacantes, o huido, o alejado. Más específicamente, era el más grande en tamaño y al que se refería como *Tuerto*, por faltarle el ojo derecho. Como él, estaba herido, un corte en un costado (la sangre de la herida manchaba el pelaje gris), y con manchas de sangre en el hocico, quizá de quién le hirió.

-*Tu-Tuerto*-llamó Creg, con la voz quebrada y ronca. Al menos quedaba alguien, aunque fuera un sólo perro. No todos lo habían dejado en la tierra, no todos eran ahora los muertos que pronto se vería en la obligación de dejar atrás en una parte que muy pronto sería pasada de su vida, el pasado que se quedaba detrás. *Tuerto* gimió, aunque movía la cola. Creg lo acarició, sintiéndose que con ese contacto sí podía calmarse al menos un poco, y el animal le lamió. Algo quedaba, y por tanto, se dio cuenta, seguir valía la pena.

El movimiento hizo que recordara la herida del brazo, pues le dolió y ardió al mover la carne lastimada.

La vio con detenimiento, y la del perro. Necesitaban tratamiento, hierbas. Se acercó, con *Tuerto* pegado a sus pies, dando un paso cuando él lo daba, al cuerpo del chamán, luchando consigo mismo para no retroceder o volver a llorar; ganas no le faltaban, pero tenía que dejar de hacerlo de momento y concentrarse. Dejo la lanza en suelo. Buscó y tomó la piel que envolvía varias hierbas y aferró una, sabiendo que esa era la que se ponía en las heridas; apenas la tuvo, se alejó unos pasos. Se la metió en la boca, con una mueca al tomar el sabor amargo, y masticó hasta hacer una pasta que se aplicó en su propia herida y en la del perro. Mientras tragaba saliva, miró los cadáveres y la piel en la que estaban las hierbas. Aunque se iría, no lo haría dejándolos así, con los ojos abiertos viendo al infinito con horror.

Se volvió a acercarse al chamán y su aprendiz; alargó la mano, y les cerró los ojos; el frío contacto con la piel muerta le erizó la piel, pero se le pasó cuando *Tuerto* le lamió. Recordó una vez que el chamán le trató una enfermedad, el aroma de las plantas medicinales quemándose. Luego tomó la piel con las hierbas, pues podían serle útiles. Fue haciendo lo mismo con todos: se acercaba, le cerraba los ojos, algún recuerdo le pasaba por la mente tallándose en ella esperaba que para siempre, tomaba un solo objeto: unas bandoleras, carne ahumada y seca, anzuelos de hueso, una prenda... No se atrevió a llevarse la estatuilla de piedra de redondas formas que representaba a la Tierra. No, eso sería tal vez dejar a su grupo sin su protección. La dejaría allí, en manos de quién había estado: la mujer que había tenido hijos más recientemente. La mujer y la niña eran las últimas a las que debía cerrar los ojos. Y lo hizo.

Al hacerlo, se dio cuenta de solamente realizaría ese gesto y dejaría la mayoría de los objetos y armas, los que no había tocado; ni siquiera podría prepararlos para lo que hubiera después de que uno se moría, ni una capa de hojas secas lograría ponerles encima. Sería demasiado esfuerzo, le tomaría demasiado tiempo, tiempo que necesitaba para alejarse por si los que los atacaron rondaban aún por allí. Ya que sólo quedaba él, sería malo morir también ese día, les debía el seguir vivo para que todo el grupo no se perdiera. Alzó la cabeza para contemplar las hojas amarillas y rojas de los árboles, las que quedaban, y deseo que éstas, al caer, hicieran lo que él era incapaz. El graznido de unos cuervos, posados en las ramas, le hizo darse cuenta de que debían irse ya. Los carroñeros comenzarían a juntarse, y no podían, ni él ni *Tuerto*, quedarse a espantarlos en un esfuerzo vano.

Dio un silbido para llamar a *Tuerto*, acomodó su carga sobre un hombro, tomó su lanza; una vez el perro estuvo a su lado, empezó a caminar en silencio a paso lento, con el único integrante del grupo que permanecería con él haciendo lo mismo.

Se alejaban, pero cuando iba a dejar de poder ver los cuerpos, Creg dudo unos momentos y se detuvo; estaba a punto de dejar atrás a casi todos, y no podía hacerlo sin un vislumbre final. Ambos giraron la cabeza y dieron un último vistazo antes de dejar atrás a su grupo muerto, definitivamente y para no volver a verlos sino en recuerdos; pero no debía llenar su mente constantemente con esa idea.

Ahora lo importante era sobrevivir y avanzar. Podía recordar a los muertos, pero el dejarlos detrás era necesario. El hombre con un suspiró y conteniendo otro sollozó, con una punzada de dolor en el pecho; el perro con la cola y las orejas caídas; los dos se alejaron paso a paso.

C. R.